

PUBLICACIONES

DEL

MUSEO DE ETNOLOGIA Y ANTROPOLOGÍA

DE CHILE

SUMARIO:

	Págs.
DR. AURELIANO OYARZÚN.....	Memoria presentada al señor Ministro de Instrucción Pública.. 1
MARTÍN GUSINDE S. V. D.....	Expedición a la Tierra del Fuego 9
P. BIENVENIDO DE ESTELLA..	Isla de Pascua..... 45
	I. Datos generales..... 45
	II. Historietas y cuentos 65
	III. Cantos y música..... 115
DR. AURELIANO OYARZÚN.....	Cay-Cay y Ten-Ten, o sea, Tradición del Diluvio universal... 119

SANTIAGO DE CHILE

IMPRENTA CERVANTE

MONEDA, 1170

—
1920

Expedición a la Tierra del Fuego

Informe del Jefe de Sección

SEÑOR DIRECTOR:

Comisionado por Ud., en Diciembre del año próximo pasado, para emprender un viaje de estudio con fines antropológicos y etnológicos, a las lejanas regiones de la Tierra del Fuego, tengo ahora el honor de informar a Ud. acerca de los estudios allí verificados y, en general, sobre los resultados de esa comisión con la cual Ud. tuvo a bien honrarme.

Este Museo había adquirido a principios del año 1918, un valiosísimo material arqueológico y antropológico, procedente de Arica; el cual, sin duda alguna, perteneció a una población, no sólo muy inferior sino talvez también anterior a la que vivió en el período de Proto-Nazca. La clasificación y catalogación de ese abundante material que hoy día ocupa varios estantes de este Museo, me ha obligado a un estudio detenido y comparativo, no sólo de las culturas de los pueblos del Norte de Chile, extinguidos ya, sino también de las apartadas razas fueguinas, con el fin de establecer relaciones posibles o igualdades de cultura entre esos grupos de indígenas. Fué de esta manera como pude profundizar mis conoci-

mientos de los indios fueguinos, como asimismo también familiarizarme con las innumerables opiniones y descripciones que sobre ellos nos han dejado los exploradores de siglos pasados y de nacionalidad distinta. No se me han escapado las apreciaciones deficientes de sus observaciones, como igualmente los defectos de los métodos empleados en aquel entonces en el estudio de la Etnografía, defectos que han dado origen a muchas opiniones erróneas que hasta hoy día se han perpetuado aún en obras de especialistas. Cuestiones dudosas necesitaban con urgencia ser rectificadas con una sólida argumentación y, finalmente, urgía suplir una sensible falta de datos con indicaciones y argumentos de verdadera importancia y de imprescindible necesidad para contribuir a formar un cuadro más o menos completo de la antropología, etnología y lengua de las cuatro razas fueguinas: Alakaluf, Ona, Haus y Yámana.

La comisión con la cual tuvo a bien honrarme, señor Director, no pudo menos de ser una sorpresa agradable para mí, ya que precisamente me encontraba ocupado en trabajos de esa índole; y con motivo de ella se me presentaba la feliz oportunidad de ir a proseguirlos sobre el terreno mismo y de aprovechar los conocimientos que estaba adquiriendo sobre esta materia. Debía, pues, tratar de corresponder, en primer lugar, a la confianza que Ud., señor Director, depositó en mí al confiarme esta exploración científica en la Tierra del Fuego; en segundo lugar, a las expectativas que el Supremo Gobierno tenía derecho a esperar y a exigir de mí, en vista de la benévola y eficaz ayuda con que quiso favorecerme y sin la cual no me habría sido fácil realizar este importante viaje de estudio.

Con halagadoras esperanzas partí de esta capital a Valparaíso el día 8 de Diciembre de 1918, para embarcarme en el vapor *Magallanes*, perteneciente a la Compañía Braun y Blanchard, el cual debía partir con rumbo al Sur al día siguiente, 9 de Diciembre en la noche.

El señor Ministro de Instrucción Pública en ese entonces, señor don *Alcibiades Roldán*, me había proporcionado para ese objeto las autorizaciones necesarias. Pero más me ayudaron todavía las bondadosas recomendaciones especiales de Su Excelencia, el Presidente de la República, señor don *Juan Luis Sanfuentes*, para las autoridades del Territorio de Magallanes; pues, Su Excelencia se interesaba personalmente por esta exploración científica.

No está demás advertir que yo no salí con el propósito de descubrir regiones desconocidas e inexploradas, o con la intención de recoger datos curiosos y sensacionales para escribir luego un libro de poca o ninguna novedad; tampoco, finalmente, con el deseo de poder disfrutar algunas semanas de holganza por cuenta ajena, sino, únicamente, con el fin de dedicarme a un estudio serio y a un trabajo rudo e intenso en aquellas regiones inhospitalarias, principalmente para practicar mediciones antropológicas, indispensables para el estudio comparativo de las razas humanas; para llenar con nuevas observaciones los vacíos que dejaron en sus obras escritores anteriores; para establecer, según las reglas de la fonética moderna, los sonidos y las letras en el alfabeto de los fueguinos y la construcción de su idioma; y, finalmente, para coleccionar materiales etnológicos y antropológicos, que con tanta urgencia reclaman nuestros Museos Nacionales. Pues, se trata nada menos que de objetos pertenecientes a súbditos chilenos que han tenido su historia y que están destinados a desaparecer, desgraciadamente, dentro de muy corto tiempo.

Me fuí provisto de los instrumentos antropológicos más modernos, y de una buena máquina fotográfica. Debido a la escasez de recursos, no me fué posible adquirir la clase de yeso fino que necesitaba para sacar moldes del cuerpo vivo de los fueguinos; por esta misma razón no pude obtener tampoco un fonógrafo con los accesorios indispensables para fijar el lenguaje y los cantos de aquellos indios. Sin embargo, debido a

las buenas recomendaciones de parte de Ud. y de altos funcionarios del Supremo Gobierno, podía contar de antemano con el benévolo concurso de todas aquellas personas que estaban en situación de prestarme una eficaz ayuda para la prosecución de mis trabajos.

La naturaleza del presente Informe no me permite hacer una narración circunstanciada del viaje; por esta razón me concretaré a consignar en términos generales el rumbo que seguí en mi viaje, a fin de que por ello se vea lo que he podido obtener.

En la mañana del 20 de Diciembre, después de un viaje rápido y agradable, principalmente durante la travesía del canal Smith, anclamos en Punta Arenas, capital del territorio de Magallanes, ciudad que yo me había fijado como centro y punto de partida para todo el tiempo de mi estada en aquella región.

Con la amabilidad que caracteriza a la nobleza chilena, fuí recibido por el Illmo. señor Obispo, doctor *Abrahán Aguilera*, Vicario Apostólico de Magallanes, el que con una comprensión cabal de la importancia de mis empeños científicos y con su experiencia respecto al trato y a las costumbres de los indios actuales, me favoreció de una manera tal, que no puedo menos de consignar aquí, que buena parte del resultado satisfactorio de la misión que me llevó hasta allí, lo debo en gran parte a este alto dignatario eclesiástico. No menos eficaz fué también para mí el apoyo con que me favoreció el señor Gobernador del Territorio de Magallanes, entonces coronel *Contreras*, caballero muy atento y servicial; y más todavía me ayudaron las muchas atenciones y facilidades que el Comandante en jefe del Apostadero Naval, señor *Carlos Fuensalida*, capitán d. n., pudo prodigarme en cuanto dependió de esa comandancia, y todo ello con la generosidad y benevolencia que les es propia a los altos jefes militares de este país. En las líneas que siguen resaltarán también los muchos

e inapreciables servicios que me fueron prestados, tanto de parte de los Rev. *Padres Salesianos*, como de parte de los muchos particulares, quienes con tanta amabilidad cooperaron al buen éxito de mis empeños científicos, y a todos ellos quedo profundamente agradecido.

Al entrar a *Punta Arenas* el vapor *Magallanes*, que nos conducía, pudimos imponernos de que circulaban alarmantes rumores de una próxima huelga. Efectivamente ésta estalló a los pocos días y tomó desde un principio proporciones amenazadoras y de cuyas fatales consecuencias dieron amplias informaciones los diarios de esta capital. El paro general de trabajos, iniciado desde la declaración de la huelga por la gente de mar y playa, y, además, la falta de seguridad pública en las calles y alrededores de *Punta Arenas*, me perjudicaron sensiblemente, imposibilitándome para continuar mi viaje y dar comienzo a mis labores. Felizmente, hallábame alojado en el Colegio Salesiano de San José, donde se me prodigaron toda clase de atenciones y entera libertad para estudiar la riquísima y valiosísima colección de objetos etnográficos, zoológicos, botánicos y paleontológicos que forman hoy el ya célebre Museo Territorial de los Padres Salesianos. La sección etnográfica de los fueguinos tenía el mayor atractivo para mí; pues, ella contiene objetos antiguos y legítimos con las indicaciones necesarias y seguras sobre su procedencia; y éstos en tanta cantidad, que no faltarían muchos objetos del uso de los fueguinos. Así fué que mientras que la furia popular amenazaba la seguridad pública y un numeroso grupo de exaltados huelguistas llenaba las calles con sus gritos desmesurados y amenazadores, dedicaba yo el tiempo de mi retiro involuntario, pero aconsejado por la prudencia, al estudio detenido y provechoso de aquellos materiales.

Lentamente se normalizaban la cuestión obrera y la situación en *Punta Arenas*, hasta que por fin se me presentó una ocasión para seguir viaje. Gracias a la amabilidad del

señor *Hobbs*, gerente de la Sociedad Ganadera "Gente Grande", pude embarcarme en el cúter *Juanito*, de propiedad de la misma Sociedad, que salió de ese puerto el día 5 de Enero con rumbo a la isla *Dawson*. Anclamos en la tarde del mismo día en Bahía Harris, en la orilla Este de aquella isla, después de un viaje de siete horas. Aquí me recibió el administrador del aserradero Bahía Harris, el señor don *Alejo Marcou*, quien, junto con su distinguida familia, me atendió de lo mejor, sin cansarse de darme pruebas de su sinceridad, y quien apoyaba mis trabajos con tanto interés, que yo le guardaré siempre los mejores recuerdos. No me dirigí a Dawson con la esperanza de verme allí con indígenas fueguinos, pues, éstos se habían ya retirado de aquella isla desde hacía tiempo, sino más bien con el fin de coleccionar objetos antropológicos, ya que los Padres Salesianos tuvieron a bien darme datos seguros sobre el lugar y la procedencia de los esqueletos allí enterrados.

A principios del año 1888, es decir, medio año después de su llegada a Punta Arenas, Monseñor *José Fagnano* abrió aquí la primera residencia de indios Alakaluf, que solían pasar en sus canoas por aquellas regiones. El Gobierno de Chile, en tiempo del Presidente don *José Manuel Balmaceda*, se la había entregado esa isla a los Misioneros Salesianos, en concesión por 20 años. Terminado el plazo de esta concesión, la isla fué devuelta al Gobierno, que la pasó a la mencionada Sociedad Ganadera. Esta adquirió todos los edificios erigidos por los misioneros, trasformándolos y aumentando el número de ellos, de modo que hoy en día la población de Bahía Harris pasa de 500 personas, en su mayor parte de nacionalidad chilena; los hombres y jóvenes están casi exclusivamente ocupados en el aserradero.

El número reducido de fueguinos que vivían allí en 1912, año en que se retiraron los activos sacerdotes Salesianos de este campo de su acción benéfica y caritativa, abandonaron hasta el último también la isla, junto con sus bienhechores;

una parte de ellos pasó así a la isla Grande de la Tierra del Fuego, la otra volvió a los canales en el Norte del Estrecho de Magallanes. Desde aquel año, sólo de paso y por corto tiempo no más, desembarcaron en Dawson unos pocos indios Alakaluf, que en su vida exclusivamente nómada cruzan a veces el canal Whiteside y el seno Almirantazgo.

Durante mi estada de doce días en aquella hermosa isla, tiempo que se me hizo corto a causa del amable trato de parte del señor Marcou y de su atenta familia, tuve la suerte de desenterrar 40 cráneos y 3 esqueletos enteros de fueguinos, todos en buen estado y en su mayor parte pertenecientes a los indios Alakaluf. Bien pesado fué este trabajo; porque las condiciones climatológicas de aquella región influyen grandemente en la destrucción rápida de los restos óseos de los enterrados, lo que explica que el número de esqueletos enteros fuese sumamente escaso y que muchas excavaciones, practicadas con todas las precauciones debidas, resultaran frustradas.

Mi tiempo no alcanzaba para detenerme en el estudio extenso de la flora endémica de la isla Dawson. Sin embargo, puedo decir que las lluvias continuas y la temperatura no muy baja de aquella zona, forman condiciones propicias para el desarrollo del bosque siempre verde, caracterizado por la presencia de *Nothofagus betuloides*, roble que conserva sus hojas en el invierno; *Nothofagus antarctica*, roble común y de hojas caedizas; *Drimys Winteri*, el canelo; *Maytenus magellanicus*, la leñadura, etc. En la formación de los tallares bajos o matorrales mixtos entran: *Pernettya mucronata*, la chaura; *Berberis ilicifolia*, *buxifolia* y *empetrifolia*, el calafate o michay; *Fuchsia coccinea* y *macrostemma*, el chilco de lindas flores azul esmalte y rojo; *Ribes magellanicum*, la parrilla común; *Escallonia serrata*, la ñipa o sietecamisas; *Empetrum rubrum*; *Embothrium coccineum*, el ciruelillo de flores color rojo escarlata, etc. De la vegetación herbácea me-

recen ser mencionadas varias especies del género *Ranunculus* y de *Erigeron*, *Senecio candidus* y *trifurcatus*. *Perezia magellanica* y *recurvata*, *Gunnera magellanica*, *Triglochin palustre*, *Carex magellanica*, *Carex propinqua* y *Darwinii*, *Myosotis albiflora*, *Armeria chilensis*, *Poa fueguina*, *Acæna multifida*. Los parásitos principales de los robles son: *Myzodendron punctatum*, *oblongifolium* y *linearifolium*; además, la *Cyttaria Darwinii* y *Harioti*. Entre los numerosos helechos resaltan las especies de *Hymenophyllum*, *Gleichenia acutifolia* y *Grammitis australis*; finalmente asombra la gran abundancia de musgos y hepáticas, entre los cuales merece citarse uno de los más preciosos musgos, el *Hypopterygium Thouini*.

El día 13 de Enero me embarqué otra vez en el mismo cúter *Juanito* para regresar a Punta Arenas. A las tres horas de viaje anclamos en Puerto Valentín para descargar ladrillos y cargar lana. Al día siguiente se descompuso tanto el tiempo, que no se podía pensar en salir de este puerto; así fué que sólo en la noche del día 15 volví a Punta Arenas, después de un viaje harto desagradable a causa de fuertes tempestades en el Estrecho de Magallanes.

A mi vuelta a esa ciudad no hubo embarcación que hubiera podido llevarme luego a la Isla Grande de la Tierra del Fuego; tuve que resignarme, aunque con mucha impaciencia, a esperar hasta el 18 de Enero. Mientras tanto seguía recogiendo amplias informaciones sobre la vida actual de los fueguinos y sobre los lugares de su residencia.

En la hermosísima noche del día 18, el vapor *Alfonso*, propiedad de la Compañía Menéndez-Behety, levantó anclas, oyóse el sonido ronco de la sirena como señal de despedida y desde la cubierta del barco era de contemplar como iban disminuyendo de tamaño y desapareciendo poco a poco en la lejanía las luces de la ciudad, a medida que el barco avanzaba en dirección Este por el Estrecho de Magallanes.

Mucho antes que este vapor entrara en el puerto de Río Grande, me habían llevado ya allí mis pensamientos y preocupaciones, mis esperanzas y el indescriptible entusiasmo de poder pisar luego la tierra, que vislumbrara ya en los espejismos de los ensueños de mi juventud y cuya realización fuera uno de mis ardientes anhelos allá en mi lejana patria.

Bien habría podido seguir otro camino para llegar al campamento de los indios Ona, a orillas del Río del Fuego; es decir, cruzando el Estrecho frente a Punta Arenas, y siguiendo viaje por tierra desde la población Porvenir, por la orilla Norte de la Bahía Inútil hasta la estancia del mismo nombre, y de allí en dirección al Este, atravesando la Isla Grande, hasta el cabo San Sebastián; pues de esa punta se llega fácilmente a Río Grande, siguiendo el camino a lo largo de la costa del Atlántico. Pero, fuera de que esta ruta me habría ocasionado mayores gastos, hubiera tenido que invertir más tiempo para esto, lo que no me convenía en vista de la ausencia absoluta de indios en aquellos parajes; además, estas regiones tristes no se distinguían tampoco por una fauna o flora que llamara la atención. Sabido es que la parte Norte y Noreste de la Isla Grande merece más bien el nombre de región seca, azotada continuamente por vientos fuertes; el terreno, en su mayor parte, es arenoso y sembrado de lagunas de agua dulce o salada. Entre las especies vegetales encuéntranse principalmente: *Berberis empetrifolia* y *buxifolia*, *Baccharis magellanica* y *patagonica*, *Ribes magellanicum*, *Colletia discolor*, *Senecio candidus*, *Lepidophyllum cupresiforme*, *Anemone multifida*, *Saxifraga Pavonii*, *Adesmia pumila* y *lotoides*, *Scutellaria nummulariaefolia* y muchas otras representantes de las estepas de la Patagonia austral.

Anclamos en *Puerto Río Grande* el Domingo del 19 de Enero, a una hora avanzada ya, de modo que llegué poco antes de las 12 de la noche a la Misión Salesiana, llamada de Río Grande, la cual dista del puerto unos 10 kilómetros, En No-

viembre del año 1893, Monseñor José Fagnano había fundado esa misión en las orillas de dicho Río Grande; pero al año siguiente trasladóse un poco más al Norte y, después de haber sufrido las consecuencias de un incendio, fué trasladada nuevamente hasta las cercanías del Río Chico, sitio en que aún permanece desde hace 20 años. No es éste el lugar para exponer los enormes esfuerzos que los Padres Salesianos, bajo los auspicios del talentoso y activo Monseñor José Fagnano, han emprendido en pro de la civilización de los fueguinos y en pro del mejoramiento de la mísera condición de su vida de salvajes; tampoco, para ponderar las grandes riquezas que los vastos campos de aquella región lejana empezaban a producir para las dos Repúblicas, Chilena y Argentina, después de la fundación de la misión a que me refiero. Pues, desde aquella fecha, la Tierra del Fuego dejó de ser el ominoso terror del hombre civilizado, que, subyugado por la errónea y arraigada creencia de que fueguino era sinónimo de antropófago, no osaba pisar ese suelo, para no exponerse a servir de pasto a esos indígenas. Con la aparición del valeroso misionero cambió esta situación; él abrió la brecha, sus huellas siguió el comerciante, y hoy en día la Tierra del Fuego no es ya la patria de los fueguinos temidos por tanto tiempo, sino el país de las mansas ovejas. No menos de 700 indígenas habían acudido, durante el espacio de 20 años, a la égida protectora de la misión Río Grande, radicándose en sus alrededores.

De mi parte habría sido ilusión el suponer que yo alcanzaría todavía a verlos y a estudiarlos en su ingenuidad primitiva, como eran mis vehementes deseos de investigador. Sólo 5 mujeres y un matrimonio sin hijos, todos de edad ya avanzada, son los únicos sobrevivientes que me han relatado el movimiento de la vida que hubo aquí en épocas pasadas. ¿Y dónde están los muchos otros? ¡Ah! éstos que quedan hoy día y que presenciaron la desaparición y el exterminio de la

numerosa población que constituían los suyos, y que todavía parecen llevar reflejada en sus ojos próximos al llanto la inmensa amargura de su destino fatal, como única respuesta me señalaron el cementerio que guardaba aquellos despojos. Quedéme meditando, apoyado sobre el pequeño cerco que lo circunda, y sobre el cual algunos líquenes grises que parecen más compasivos que los hombres, tratan de hermosear, piadosamente, el recinto que encierra tanta tristeza. En ese momento sentí el hondo pesar y profundo desaliento que experimenta el investigador, al ver destrozadas sus ilusiones y desaparecidas para siempre sus mejores esperanzas; pues con este pueblo se extingue también su originalidad, y si estas peculiaridades no han sido aseguradas oportunamente para la ciencia, por medio de observaciones concienzudas y detalladas,—lo que no ha ocurrido con respecto a los fueguinos— seguramente, más tarde, la sagacidad del especialista no alcanzará jamás a reconstruirlas teóricamente, por conjeturas o combinaciones, y llenar de este modo el vacío que van a dejar en el orden sistemático de la Etnología.... Pero, ¿para qué estas tristes reflexiones....? ¡No conseguirán ellas resucitar a los que se han ido! Lo que urge por el momento es tratar de salvar lo que queda todavía.

Ni de excavaciones en ese cementerio de Río Grande pudo esperarse resultado; porque, junto con los indios, fueron también enterredos allí, sin orden alguno, aquellos civilizados que morían en los alrededores. No se encontraban ni rastros de inscripciones o indicios de su colocación, mucho menos existían registros sobre los entierros, y lo peor era que, en ocasiones anteriores y repetidas, tanto la policía estacionada en aquel puerto, como también el señor Carlos Gallardo, comisionado por el Gobierno argentino, hace pocos años, en su exploración científica de la Tierra del Fuego, habían buscado restos de indígenas en este mismo sitio. Aquel cementerio chico ha sido revuelto así tantas veces; y por esta razón desistí de trabajos de ex-

cavación. Sólo a distancia de 4 kilómetros de allí, al lado Norte del Cabo Domingo, encontré el esqueleto de un indio Ona, muy bien conservado y casi completo. Por muchas circunstancias no logré tampoco llevar a cabo mediciones antropológicas; entre aquel reducido número de indios; tuve que limitarme a tomar las medidas a una india de la tribu Haus, recogiendo a la vez de ella algunos datos sobre la fonética y gramática de su idioma. Tócame ahora agradecer las muchas atenciones con que el Rev. Padre Zanchetta, superior de la misión Río Grande, me honró durante mi estada en su casa.

Continué viaje el día 26 de Enero de 1919. Apenas había alcanzado a cruzar el Río Grande, cuando una fuerte lluvia me obligó a alojarme en la administración del frigorífico, situado en la orilla sur de dicho río. Sólo al día siguiente pude montar mi caballo y, después de una caminata de 3 horas, siempre a lo largo de la costa del Atlántico, conseguí llegar al gran campamento de los indios Ona del Río del Fuego. El Rev. Padre *Juan Zenone*, celoso misionero Salesiano y fiel amigo de los indígenas desde muchos años, ofrecióme bondadoso alojamiento en su casa. No sabría cómo relatar los inapreciables servicios que este inteligente sacerdote me prestó durante mi permanencia de 15 días allí; perfecto conocedor del idioma de los Sélkenam, me ayudó en la determinación de los sonidos fonéticos, como asimismo en la redacción de un vocabulario y de las reglas gramaticales; me prestó ayuda en el estudio de las costumbres y creencias de aquella tribu, en la comparación de la vida de los antiguos con la de los indios actuales; y únicamente a su intervención eficaz debo que he podido tomar medidas antropológicas a esa gente extremadamente recelosa e inaccesible.

Dicho campamento se halla en la estancia de Viamonte, y es propiedad de los Hermanos Bridges, hijos del pastor anglicano Tomás Bridges. Hace ya tiempo que se murió este hombre activo y altruísta; pero él tiene el mérito de haber sido un valiente protector de los indios, quien los sabía defender contra las

despiadadas persecuciones e inauditas crueldades de que fueron víctima los indígenas. Con la ayuda de sus pupilos supo adueñarse de un gran terreno, y sus hijos, siguiendo el ejemplo de su digno padre, no dejaron de mostrarse buenos amos de aquella raza fueguina.

Hoy en día no hay otro campamento que cuente con mayor número de indios Ona, como éste, cruzado por el Río del Fuego; pues, según una estadística absolutamente exacta, vivían durante mi estada entre ellos: 66 hombres mayores de 17 años, 58 mujeres mayores de 17 años, 49 niños de 8 a 17 años, y 43 niños menores de 8 años; es decir, un total de 216 personas que forman 27 familias. Figuran en esta lista también aquellos indios que se hallan estacionados en los llamados puestos de la estancia, los cuales vuelven al campamento los días Sábados para hacer compras, buscar sueldo y víveres, o para pasar algunas horas entre los suyos, hasta la tarde del Domingo. Cerca de la casa-habitación de los estancieros, llamada Casa Grande, se extiende el campamento de los indios. Los dueños han construido allí unas 7 casitas sencillísimas para el uso de otras tantas familias indígenas; sin embargo, la mayor parte de ellas prefiere la vida en las chozas, según su costumbres de antaño. Prefieren estas antiguas tradiciones de tal modo que construyen, entre las mencionadas casitas, sus humildes chozas; y así resulta que el campamento presenta en conjunto el curioso cuadro de una mezcolanza divertida de la cultura inferior fueguina con la superior que es nuestro orgullo. El indio Ona no puede dejar de dormir y de vivir al aire libre; necesita también del calor de la lumbre, a cuyo alrededor descansa con gran satisfacción, después de sus pocos trabajos; y es de ver como, también a consecuencia de esto, aquellos que ocupan una de las casitas indicadas se construyen al lado de esta misma una choza a la usanza de los antiguos; es decir, clavan en el suelo una docena de palos bifurcados en su extremidad superior, donde se juntan las puntas de todos, y sobre éstos ponen unos

cueros de guanaco, dejando siempre una entrada del lado de sol, de modo que los dueños estén resguardados contra el viento que sopla; en el centro mantienen continuamente un fuego encendido. He aquí la explicación por qué no les había agradado a sus antepasados la residencia en la misión Río Grande; pues, esta región está completamente falta de árboles y leña, y los bosques de robles (*Nothofagus antarctica*) principian más al sur, es decir, a la altura geográfica del Cabo de Peñas, al 53° 52' de latitud Sur, un poco más al Norte del Río del Fuego.

A consecuencia de la repartición de todos los terrenos disponibles en la Tierra del Fuego, los Onas tenían que dejar su vida de suyo nómada; pero por la caza de guanacos consiguen también hoy en día, como antes, los medios necesarios para su subsistencia. Por suerte, estos animales se hallan todavía hasta por centenares, reunidos en manadas grandes, y los indios los persiguen a pie o a caballo. Junto con la vida sedentaria adoptaron también los vestidos europeos, armas de fuego, cuchillos y herramientas de fierro, hasta la afición al juego y al alcohol; en el almacén de la estancia se les expende carne de cordero, conservas y condimentos, géneros y trajes hechos, artículos de lujo y aguas de olor: factores todos que arruinan y destruyen la ingenuidad de una raza y su idiosincracia. Ya que los hombres se ganan un pequeño salario con sus trabajos en la estancia, principalmente durante la esquila en los meses de Enero y Febrero, no saben invertir mejor sus entradas y las llevan a la tienda. Pero, a pesar de esto, poseen todos su capa de cuero, sea de zorro o de guanaco, y sus «jamní» que son una especie de ojotas de cuero de guanaco; a los hombres no les faltan nunca un «kóschel» (un triángulo del mismo material) y que llevan en la frente atándolo mediante un trenzado de nervios; andan asimismo siempre provistos de las conocidas tierras colorantes con que se pintan el cuerpo. Tales trajes y usos tradicionales no les deben faltar; porque en períodos de 3 a 5 años, siguen reuniéndose, todavía hoy en día, en la montaña aparta-

da y bien lejos de las miradas indiscretas de los «kolliot» (civilizados), con el objeto de celebrar el «klóketen» que es una especie de instrucción a los jóvenes, una «Jünglingsweihe», por medio de la cual estos últimos son iniciados en los secretos de la tribu y en los misterios de los hombres; y esto, mediante una vida solitaria bajo la vigilancia de sus «jon» (hechicero), y mediante ciertas pruebas duras durante la aparición fingida de espíritus temidos. El «klóketen» dura unos dos meses o más; y en esta ocasión necesitan los Onas, según costumbre de los antiguos, sus trajes originales, sus arcos y flechas. Durante mi estada entre ellos preparábanse otra vez para el «klóketen», que iban a celebrar precisamente este año; pero, desgraciadamente, mi limitado tiempo no me permitió acompañarles. Esto lo lamento muchísimo, porque la etnología posee relativamente pocos datos sobre las ceremonias que llaman «iniciales», celebradas éstas en el período de la pubertad de los jóvenes y que son tan generales entre los pueblos primitivos. Sin embargo, alcancé a reunir buenos materiales referentes a sus creencias, supersticiones y mitos; los que ponen de manifiesto los sentimientos religiosos de los Onas, como a la vez refutan el error de algunos autores, quienes, como por ejemplo Carlos Gallardo (*Los Onas*: página 324. B. Aires, 1910) afirman: . . . «podemos asegurar que no existe religión alguna» (entre ellos); y en otra parte dice: «que los hombres no tienen Dioses, que no creen en ningún poder supremo, ni siquiera en los espíritus que tanto atemorizan a sus mujeres» (pág. 326).

De gran valor y aprecio juzgo el buen caudal lingüístico que tuve la suerte de poder reunir, gracias a la eficaz ayuda del experto P. Juan Zenone; también pude determinar los sonidos guturales tan característicos de la lengua Ona y casi iguales a los del idioma Quichua y Aymará; finalmente su estructura gramatical y sintaxis. Es verdad que poseemos ya una valiosa obra de esta índole en el diccionario del laborioso sacerdote Salesiano José Beauvoir, titulado: *Los Shelknam* (Buenos

Aires, 1915); pero el autor no empleaba, desgraciadamente, los signos fonéticos convencionales, al escribir su diccionario; circunstancia que dificulta enormemente el estudio del libro en cuestión.

Uno de mis principales objetivos al emprender este viaje era el de formular, *lege artis*, relevamientos antropológicos de las diferentes tribus fueguinas. No cabe la menor duda que el estudio somatológico de los indígenas sudamericanos ha sido, por mucho tiempo, el campo menos cultivado de las investigaciones científicas; porque, hasta hace algunos años, ha quedado restringido a unos pocos datos más o menos fantásticos y recopilados al azar, por viajeros poco o nada preparados para tales observaciones. Con mayor razón vale esto para los fueguinos; y tanto más urgentes son los trabajos entre ellos, cuanto que se van extinguiendo con mayor rapidez que los demás pueblos. Lléveme para esas mediciones la serie de instrumentos recomendados para este fin por el profesor *Rodolfo Martin* (Zurich), que son los más modernos y que ya han dado excelentes resultados; la técnica de las diferentes medidas la describió el mismo antropólogo eruditísimo en su standard work: *Lehrbuch der Anthropologie* (Jena 1914). Por lo que respecta a la parte descriptiva, me serví de un formulario preparado de antemano, es decir, de las «Tablas de observaciones somatológicas según Rodolfo Martin; traducción hecha por el doctor Aureliano Oyarzún y el profesor Martín Gusinde», e impresas por este Museo. Para determinar el color de la piel me valí del cuadro cromático del profesor von Luschan (Berlín); para fijar el color del iris y del pelo se hizo uso aventajado de la caja cromática de Rodolfo Martin (Zurich) y del cuadro crómico del profesor E. Fischer (Freiburg B.), que contienen una serie de ojos de vidrio y de muestras de pelo, también de vidrio, con sus diferentes matices.

Dada la enorme dificultad que oponen los pueblos primitivos a los trabajos antropológicos ejecutados en su cuerpo, sólo

alcancé a medir 29 personas adultas: resultado no muy espléndido, pero de buen valor para el antropólogo; porque hasta la fecha no se ha publicado un mayor número de medidas tomadas con esta precisión y exactitud entre los indios fueguinos. Con interés especial he estudiado la configuración de la oreja y el desarrollo de la membrana llamada «membrana simia» (Affenfalte) en la mano de los mencionados indígenas.

Satisfactoria fué, finalmente, la adquisición de objetos y utensilios que forman el reducido ajuar y los insignificantes medios de subsistencia de los indios Ona; por ejemplo: capas de cuero de guanaco y de zorro, arcos, flechas y arpones, cuchillos y raspadores, canastitas y el «tahal», que es una especie de cuna muy parecida al «kupülwe» de los araucanos. Tales objetos faltan casi por completo en nuestros museos y urge mucho recogerlos, porque los indios actuales no se dedican ya a sus industrias primitivas; pues la fácil adquisición de materiales modernos les ahorra los trabajos manuales acostumbrados a tal extremo, que hoy los sienten como una molestia pesada y tratan de librarse de ellos.

Estando ya ocupado en los preparativos para mi partida de aquel campamento, tuve la ocasión de presenciar todavía un acontecimiento curioso. En la choza del indio Martín y de su mujer Ahlekotten acababa de morir una niñita de tres años, hija de este matrimonio. Yo había atendido a esta niñita durante mi estada allí; pero la diagnosis indicó úlceras en el estómago y un mejoramiento de este mal no podía esperarse. El padre, bien arraigado en las creencias y tradiciones de su tribu, atribuyó la muerte de su hija a un influjo mágico y a la brujería del «jon» (doctor), un tal Minkiol, temido éste por todos los indios del campamento. Para vengarse de su enemigo, Martín, armado de un terrible garrote, entró furibundo en la choza de Minkiol, el cual a la sazón estaba delicado de salud y acostado en su lecho. Pero, viéndose este último así atacado, levantóse y en seguida se entabló una lucha entre los dos hombres

excitados. Al caer las primeras gotas de sangre estaba saciada la venganza de Martín, quien se retiró, aclamado por una enorme gritería de mujeres que habían acudido a presenciar y a aplaudir la buena lección que acababa de recibir el tan odiado «jon».

Al despuntar el alba del 11 de Febrero, día que había determinado para mi partida del campamento indígena a orillas del Río del Fuego, visité por última vez las chozas de los indios que unánimemente aseguraron guardarme inalterable amistad, convidándome a volver cuanto antes. Básteme decir, para comprobar la sinceridad de sus palabras, que yo les había ayudado en sus penas y sufrimientos, aliviando la suerte de sus enfermos, para quienes gasté casi toda la existencia de mi pequeño botiquín que llevo siempre en tales viajes, como el medio más eficaz de atracción, y como la prueba más convincente de la sinceridad de mis intenciones. En los momentos de partir llenóse mi alma de sentimientos compasivos, al pensar en el pasado de esta raza y en la suerte que le depara un porvenir más o menos próximo, es decir, su desaparición dentro de pocos decenios, desaparición que será completa y para siempre. Me separé con pena de aquella gente tan desconocida y tan cruelmente ultrajada; plugiera a Dios pueda volver a verla, cuanto antes, para penetrar más en su alma y en lo más íntimo de sus pensamientos, ideas y sentimientos.

Dándome prisa al cruzar los hermosísimos bosques, por caminos pesados y terrenos pantanosos, llegué, entrada ya la noche, con mi joven guía, el indio Federico, a la pequeña estancia situada a orillas del *lago Fagnano*; ni un alma se veía a lo largo de lo que nosotros juzgábamos camino, y por instantes aumentaba tanto la dificultad de transitar por él, que nos creíamos perdidos en un peligrosísimo pantano. La bondadosa hospitalidad del señor *Dalmaso*, concesionario de aquella estancia, nos dispensó alojamiento y apoyo entusiasta; gracias a esto pude dedicarme, con buen provecho, a mis trabajos entre los indios Ona

que tienen un campamento a la orilla Sur-Este del mencionado lago, es decir, al pie del monte Hewhepen cubierto por un bosque tupido de la majestuosa *Nothofagus betuloides*. No pude menos desalir al otro día a visitarles; andando a caballo se llega al campamento en una hora y media; pues, camino no hay y la caminata por las orillas arenosas del lago Fagnano es muy pesada. El número de indios que forman este campamento es muy reducido y comprende sólo 5 hombres, 8 mujeres y 19 niños por todo, los que forman 5 familias.

Es conveniente establecer desde luego el número exacto y total de los indios Ona que hoy día existen en toda la dilatada extensión de la Tierra del Fuego. Cuando esta región era apenas conocida, se juzgaba el número de estos indios muy reducido; pero, con la entrada de los civilizados que cruzaban la Isla Grande en busca de provechosos terrenos, llegóse a la convicción de que los Onas formaban una población mucho mayor. Germán Wieghardt pudo escribir el año 1896 todavía: «Se estima que no hay menos de 4,000 indígenas de la raza ona en la grande isla de la Tierra del Fuego» (*El Territorio de Magallanes*, tomo VI, página 8). La concentración de los últimos restos de esta raza me facilitó la determinación segura de su número; pues, en el territorio argentino no hay otros fuera de los 216 indios que forman el campamento del Río del Fuego, de los 32 del campamento Lago Fagnano, de las personas que están en la misión Río Grande, es decir, 6 mujeres, un hombre y 2 jóvenes; hay que agregar a éstos una mujer casada con un oriental en el puerto Río Grande y otra mujer más, casada con un chileno, en puerto Harberton en el Canal Beagle. Los pocos indígenas que se hallan en territorio chileno están completamente repartidos en las distintas estancias; pero, según datos fidedignos recogidos por mí, su número no pasa de 20. Tendríamos, por consiguiente, un total de sólo 279 indios Ona.

Ante tan lamentable resultado se impone la pregunta: ¿Qué se han hecho?... Es verdad que los escritores antiguos y los

viajeros de los últimos decenios nunca supieron fijar el número exacto de aquéllos, primero porque los indígenas eran un pueblo de vida completamente nómada, y en segundo lugar, porque su aversión al civilizado, al «kolliot», y su hostilidad para con el extranjero no permitían que este último se acercara a la tierra de los indios; pero su número era, sin duda alguna, muy considerable. Los fuegos de sus chozas dejábanse ver en todos los valles de esa región, desde el Estrecho de Magallanes hasta el Canal Beagle; la huella del cazador y el campamento nocturno espantaban a la fiera en su guarida; el hombre, valiente y gallardo, seguido por su familia, cruzaba a su entera libertad la Isla Grande, con una ligereza nunca vista, con el orgullo y la satisfacción del que se siente dueño y señor del suelo que pisa. Mas, ¿qué se han hecho?... ¿En dónde están los hombres fuertes, las mujeres de presencia gallarda y hermosa, la alegre juventud?... ¿Dónde las mozas que buscaban mariscos en la playa, y los jóvenes que se adiestraban en el manejo del arco?... ¿Dónde los cazadores y sus familias?... ¡Pecieron!... ¡Están anonadados!... Pero esta obra de desolación no la consumó ni la peste ni la guerra, sino el roce con los blancos y la codicia de los civilizados.

Es muy errónea la opinión arraigada en muchos círculos, que supone la extinción de la tribu Ona a la introducción de la sífilis; pues ningún médico ha establecido la propagación general de esta enfermedad entre esos indígenas, y, a pesar de que los examiné con especial interés para la solución de este problema, es verdad, no me era posible emplear allí el complicado método de Wassermann, no pude establecer ni un solo indicio seguro ni dudoso de aquel mal. Me parece que muchos viajeros se han equivocado, tomando por sífilis lo que en medicina se llama: Impetigo contagiosa. Casi lo mismo debe decirse con respecto de la tisis pulmonar; pues, ningún facultativo ha hecho el examen de gran número de indios vivos, ni la autopsia de sus cadáveres. Personalmente he visto sólo tres ca-

sos de esta enfermedad entre tantos individuos que tuve ocasión de examinar, sin contar dos niños afectados de escrofulosis ya bien adelantada.

Pongo en duda que alguien creyera posible, que sólo y únicamente por la tuberculosis pulmonar se hubiera extinguido una raza entera cuyos representantes, desde centenares de años atrás, se habían acostumbrado al clima rudo de la Isla Grande, cruzada por ellos en las interminables caminatas de su vida vagabunda; argumento que más fuerza adquiere teniendo en cuenta que no llevaban más abrigo que una capa de guanaco. La medicina moderna considera la tisis como indicio infalible del decaimiento general de un organismo que va perdiendo la fuerza de reaccionar contra la infiltración de los microorganismos patógenos; y esta observación es la base para afirmar que debe haber intervenido otra causa más poderosa para predisponer el organismo de uno u otro indio para esta enfermedad y llevarlo a la tumba: causa que, según mi criterio, era la falta casi completa de una alimentación apropiada a sus costumbres.

La adquisición por fuerza y el robo del terreno, invadido y ocupado por los civilizados, quitó a los indios todo medio de subsistencia.

¡He aquí el factor poderoso que diezmaba los campamentos de los indígenas y que corroía la fibra vital de la robustísima raza Ona!

El indio indefenso y tímido fué lanzado de su tierra, sobre la cual tenía los títulos legítimos desde antaño, por la sola ocupación nunca disputada. Y si el pobre lanzado huía refugiándose a otra parte, allí le esperaba la muerte segura por la bala de los blancos. A tan bajo nivel llegó la codicia y la inhumanidad del hombre civilizado, que las cabezas de los indios constituían muy a menudo para él un artículo de comercio; pues, el ladino comerciante pagaba al asesino una libra esterlina y

él vendía después el cráneo al museo de Londres por cuatro libras... ¡espléndida ganancia en números redondos!

El codicioso estanciero que quería "limpiar" su campo, pagaba la misma suma por un par de orejas humanas, como proporcionó igualmente la estricnina para envenenar grupos enteros de inocentes indígenas.

No quiero apuntar aquí los nombres de aquellos cazadores de indios, por ser demasiado conocidos y condenados ya por la opinión pública. Sin embargo, con mucha satisfacción debo dejar constancia que de aquellos asesinos desalmados ninguno llevaba un apellido chileno.

Pero esta persecución de los indígenas, según un plan premeditado, puesto en práctica con refinamiento y llevado adelante sin consideración alguna, fué la principal y verdadera causa de su extinción, sin que neguemos que un conjunto de otros factores en parte ha contribuido a roer la fibra vital de su existencia. Los vientos del Atlántico no soplan sobre un solo pedazo de aquella tierra que los indígenas puedan llamar suyo actualmente; las últimas tristes reliquias de esa raza fuerte se han reunido en los dos campamentos arriba mencionados, hace años ya. Aquí formaron su hogar, tolerados por los blancos que se consideran ahora propietarios de esa tierra. Aun ondea en los aires el humo de sus humildes cabañas, en las cuales, sentados a la lumbre del fuego, recuerdan entristecidos los tiempos pasados, evocando la memoria de los suyos que ya no existen; los ancianos, al arrastrar su penosa existencia, sin derramar una lágrima, dejan escapar de sus labios cansados de inútil suplicar, un serdo y doloroso gemido, porque en sus corazones pasa algo que no pueden expresar. En sus miradas hay algo que no es venganza ni sumisión, sino más bien la queja amarga y contenida ante la cruel necesidad de ocultar ambas cosas a la vez. Es el valor trocado en desesperación por la certidumbre de que aquel

sitio es el designado a guardar sus despojos, como los últimos de una raza expoliada.

El Gobierno Argentino, como me lo aseguraron los respetables señores que formaron la Comisión Revisora de Tierras y quienes desempeñaron sus funciones a principios de este año, se cree obligado a cumplir con un deber sagrado, protegiendo a los últimos sobrevivientes de la raza Ona, y tiene el laudable propósito de poner a disposición de ellos el proyectado Parque Nacional, hermosísimo y extenso terreno en las cercanías del lago Fagnano, en el corazón de la Tierra del Fuego. ¡Ojalá aumente su número en este ambiente apropiado a sus inclinaciones innatas y necesidades vitales, puesto que allí se reúnen todas las condiciones favorables para este fin!

Bien agradable era mi sorpresa al encontrarme con un indio de la tribu Haus en este campamento. Solían dividirse los indígenas fueguinos en tan sólo tres tribus, es decir: los Alakalufes, Onas y Yámanas, hasta los últimos años; pero investigaciones recientes llegaron a determinar otra cuarta tribu, a la cual se da el nombre de Haus, como ellos mismos se llaman. Habitaba este grupo de indios con preferencia la península Mitre o departamento Bahía Thetis. A pesar de la notable semejanza en los caracteres etnológicos entre éstos y los Onas, puede, sin embargo, establecerse una diferencia marcada en su lenguaje y mitología, como también en sus costumbres. Los Haus vivían siempre en buenas relaciones con los Onas, y se casaban entre sí; de modo que su diferencia de origen pasó fácilmente inadvertida de parte de los viajeros y escritores de tiempos anteriores. Desgraciadamente existe de esta tribu sólo el número reducidísimo de 3 individuos, que son: una mujer en la misión Río Grande, el «jon» Ventura en el campamento del lago Fagnano y la Elisa Hownte, la cual no pude encontrar, a pesar de muchos empeños de mi parte. *Eduardo A. Holmberg* encontró en la época de su viaje por la Tierra del Fuego, es decir, en 1902, solamente

4 personas de aquella tribu. Más tarde, el año 1911, escribió el Dr. Antonio Cojazzi: «Questa tribù . . . ora è ridotta a una sola famiglia composta del padre e di due figlie e ad una donna di circa 37 anni. . . » (*Contributi al Folk-Lore*, página 100; Torino, 1911). No se ha escapado de mi memoria la advertencia de Eduardo A. Holmberg, quien, en los *Apuntes de Historia Natural*, escribe, bajo el título: «El último representante de una raza» lo que sigue: «Llamo especialmente la atención de los que a estudios americanos se dedican, sobre la urgente necesidad de estudiar estos indios lo más pronto posible, pues sólo quedan de ellos tres o cuatro que, dada la prontitud con que desaparecen, dentro de muy poco tiempo, con toda seguridad, se llevarán a la tumba el secreto impenetrable de su religión, sus costumbres y su lengua» (Tomo I, página 75. Buenos Aires, 1909). Por eso he reunido cuantos materiales lingüísticos y etnográficos pude obtener, y las medidas antropológicas tomadas a aquellas dos personas son las únicas que alcancé a salvar para la antropología. En Ushuaia está enterrada una mujer de la tribu Haus, como me lo confirmaron personas fidedignas; pero todos mis esfuerzos de dar con los restos de ella resultaron vanos, a pesar de que he sido ayudado y apoyado ampliamente por el atentísimo jefe de policía de aquella ciudad. Me queda ahora por establecer las diferencias entre los Onas y la tribu Haus, como asimismo el probable origen de esta última, lo que será el tema de un estudio especial. Réstame sólo, para terminar este capítulo, descontar del número de los Onas, arriba establecido, los 3 representantes de la tribu Haus, de modo que la población total de indígenas Ona alcanza a 276 individuos.

En el campamento de los indios, a orillas del lago Fagnano, en lo mejor del trabajo, ocurrióme un percance desgraciado, que me obligó a paralizar mis estudios; pues, a causa de una pisada de mi caballo, se me hinchó el pie de tal manera que ya no podía andar. No me convenía quedarme con este mal

en una región tan apartada y sin recursos de ninguna clase. Por eso acepté gustoso el amable ofrecimiento de la Comisión Revisora de Tierras para juntarme con ella; pues, se alistaba para seguir viaje.

Nos pusimos en marcha el día 18 de Febrero. El camino era pesadísimo, porque el tiempo había cambiado ya a principios de Febrero, trayendo abundantes lluvias y nevadas; la travesía de la cordillera alta fué de lo más difícil, principalmente para mí que anduve con fiebre y sin poderme apoyar bien en los estribos. Llegado a *Puerto Hárberton* a las 9½ de la noche y después de una caminata de 11 horas, se me ofrecieron en la casa de la administración comodidades suficientes para poderme dedicar a la curación de mi pie enfermo, que mostraba ya síntomas peligrosos. Gracias a la especialísima atención del señor *Nelson* y de su amable señora, pude levantarme de la cama 5 días después de mi llegada allí; por sus grandes servicios les quedaré profundamente agradecido.

Puerto Hárberton casi ni siquiera puede llamarse una pequeña población; pues, fuera de la espaciosa casa del administrador y unos galpones, no hay sino dos casas para los peones y trabajadores. Con éstos viven también dos mujeres indias; la una pertenece a la tribu Ona y es casada con un chileno, la otra es una Yámana, casada con un inglés.

Aquí, en el extremo Este del hermosísimo Canal Beagle, tuve la suerte de poder desenterrar un esqueleto completo y lindísimo de un joven Yámana, como asimismo otro cráneo más de un indio de la misma tribu. Los datos biográficos de los desenterrados, que pude recoger allí mismo, aumentan el valor de estos materiales antropológicos.

El día 24 de Febrero se me ofreció una ocasión para seguir viaje a *Ushuaia* en un cúter chico, la cual aproveché gustoso, porque no me hallé todavía suficientemente restablecido para montar a caballo; y sobre todo, porque el camino

por tierra es peor de lo que uno puede figurarse. En cambio, el viaje en barco me permitía gozar ampliamente de los hermosos panoramas de aquella región. Hacía frío; pero a pesar de esto no quise retirarme a la pequeña cámara algo temperada, donde trabajaba el pequeño motor, puesto que en la proa me detuvo extasiado la contemplación de los espléndidos paisajes que se presentaban ante mi vista. En efecto, a los terrenos bajos y casi desnudos de vegetación, como a las grandes colinas que la poseen exuberante, se sucedían escarpadas montañas cubiertas de nieve eterna hasta su medianía y de las cuales bajan infinitos canales que desembocan en ese brazo de mar. Quien como nosotros tenga la buena suerte de contemplar en un día despejado, acontecimiento bastante raro, pero que felizmente me tocó a mí, una perspectiva semejante, tan grandiosa y de tanta majestad, guardará de ello, a no dudarlo, un recuerdo imperecedero.

Es para mí un deber muy grato, hacer públicos mis agradecimientos hacia las autoridades argentinas en Ushuaia; porque fuí cariñosamente atendido y favorecido por ellas, principalmente por el Gobernador interino, señor *Ripol*, y por el señor jefe de policía.

En esa población, la más austral de América, formada por unos 500 habitantes, sin contar los 550 presos que están en el presidio de los reincidentes, hay todavía unas ocho indias de la tribu Yámana, pero todas son mestizas y casadas con civilizados; circunstancias que no me decidieron a emprender trabajos antropológicos en ellas. Por eso juzgué preferible trasladarme a *Punta Remolino*, al 67° 54' de latitud Oeste y a la orilla Norte del Canal Beagle, donde se halla la estancia del anciano y muy respetable pastor anglicano, señor *Lawrence*. En la casa de él fuí recibido y atendido con suma amabilidad; sus hijos, caballeros muy amables y serviciales, que conocen a fondo la idiosincrasia y las costumbres de los indios Yámanas, me ayudaron en mis trabajos con tanta compren-

sión de mi objetivo, que sólo a estas dos circunstancias debo el buen resultado de mis investigaciones científicas entre aquellos indígenas.

La tribu de los Yámanas, sin duda alguna, es formada por uno de los pueblos más indigentes, tomando en cuenta la vida precaria que lleva en aquellas regiones inhospitalarias. Darwin ya la denunció como inferior a todas las que pueblan la superficie de la tierra. Su área de dispersión comprende el litoral marítimo Sur de la Isla Grande de la Tierra del Fuego, es decir, el Canal Beagle y todas las islas al sur de este canal, a las que se da el nombre de Archipiélago del Cabo de Hornos.

Muchísimo interés ofreció siempre el conocimiento, siquiera aproximado, del número total de esos indios; pero esto ha sido muy difícil de establecer. Su vida errante, la desconfianza entre las distintas sub-tribus y de éstas para con los civilizados, la facilidad con que podían sustraerse a la observación, su ignorancia de la numeración y de un cálculo más o menos exacto, han sido otros tantos obstáculos que se han opuesto a un censo de esta especie. Sin embargo, puede afirmarse que es demasiado bajo el número de 500, calculado por Fitz-Roy como el total de individuos de la tribu de los Yámanas. El señor Tomás Bridges, pastor anglicano, quien se estableció en Ushuaia el año 1870, determinó el número de estos indios en 3,000; pero un censo levantado por él mismo en 1884, obtuvo las cifras siguientes: 277 hombres, 316 mujeres y 356 niños, que dan un total de 949 indios; a este número deben agregarse unos 50 niños huérfanos, de modo que la población Yámana alcanzaba más o menos a 1,000 individuos. En Marzo del siguiente año, en 1885, estalló entre ellos una epidemia de sarampión con consecuencias muy lamentables, que redujo el número de los indios a la mitad. El Rev. Lawrence, que se estableció en Ushuaia sólo dos años después de la llegada del Rev. Bridges, y que ha sacrificado una

vida entera para la civilización de aquella raza, calcula en 2,500 el máximo que los indios Yámanas han alcanzado en su época más floreciente, es decir, al principiar el benemérito misionero sus trabajos evangélicos entre ellos. Pero, su número ha seguido disminuyendo de año en año, y los tristes sobrevivientes no pasan hoy en día de 100, según un cálculo bastante exacto.

No es el lugar de abrir debate sobre las causas que pueden haber motivado la disminución tan rápida de la población Yámana; sólo agregaré que también estos indios de hoy, siguiendo sus antiguas costumbres, pasan casi todo el año recorriendo los numerosos canales del Archipiélago del Cabo de Hornos, con el fin de cazar focas y cetáceos, de buscar moluscos y peces, que constituyen su alimento. Pero algunas veces durante el año se reúnen en la Bahía de Mejillones en la orilla Norte de la isla Navarino, frente a Punta Remolino, desde que se cerró el establecimiento de la misión inglesa en Tekénika.

La primera idea de esta obra filantrópica de la cristianización de los Yámanas es debida al capitán de la marina inglesa, Allen Gardiner, quien se estableció en la isla de los Estados en 1848, y que murió junto con varios misioneros, en 1851, víctima de los crueles padecimientos que soportó con fe siempre viva en el éxito de la obra a la cual sacrificó su vida. Pero este fracaso había evidenciado la imposibilidad de establecer la misión en la Tierra del Fuego misma; fué esta la causa de que se formó un centro de misioneros en la isla Keppel, perteneciente al grupo de las Malvinas, y de donde salían en expediciones, dirigiéndose a los fueguinos. En 1863 fué nombrado director de la misma el Rev. Stirling, que hizo otra tentativa para instalarla en la misma Tierra del Fuego, y esta vez con buen resultado. Se trasladó, en 1869, a Ushuaia y construyó allí su casa de madera en medio de indígenas amigos, quienes le prestaron sus auxilios. Pero el

desarrollo de la misiones anglicanas en la América del Sur exigía mayor unidad de acción y el Rev. Stirling fué nombrado Obispo de las Malvinas en 1869. Tuvo por sucesor en Ushuaia al Rev. Tomás Bridges, que se estableció allí, con su familia, en el año 1870. Dos años después llegó a este mismo lugar, procedente de Inglaterra, el Rev. Lawrence, quien tuvo la amabilidad de contarme detalladamente las enormes dificultades y trabajos que exigía una misión entre indios tan salvajes y en lugares tan apartados, lejos de toda clase de recursos; me relató también muchos detalles de la vida y de las costumbres de los Yámanas. El Gobierno Argentino, constituyendo la gobernación de la Tierra del Fuego en 1885, eligió a Ushuaia para residencia del gobernador con todas sus dependencias. Por esta razón, pocos años después, la misión Inglesa fué a establecerse en Tekénika, bahía situada en la península Hardy de la isla Hoste; de allí se trasladó finalmente a la bahía Douglas, al litoral Oeste de la isla Navarino.

Como puede deducirse de la actividad de los misioneros, desde hace unos 70 años, una gran parte de los indios Yámanas han estado en relación más o menos directa con la misión anglicana, cuyos representantes se habían propuesto moralizar a estos miembros desheredados de la gran familia humana; pero, a pesar de todo esto, la población indígena de esta tribu seguía reduciéndose en proporciones alarmantes; y cuando unos años atrás nuestro Supremo Gobierno acordó sacar a remate los terrenos del lado Oeste de la isla Navarino, debía cerrarse también la Misión Inglesa allí establecida. Los poquísimos indios estacionados en ésta, que como dijimos más arriba, apenas alcanzaron a 100 personas, fueron también forzados a abandonar aquellos lugares y salieron en busca de una residencia fija. Esto no debe extrañarnos; pues, aunque ellos llevan una vida nómada y permanecen dedicados a la caza, se reúnen, sin embargo, en ciertas ocasiones, en lugares determinados, donde guardan algunos objetos de su ajuar y

propiedad, donde, por ejemplo, dejan sus pocas vacas u ovejas, donde celebran sus fiestas y cambian ideas sobre lo ocurrido desde que se vieron la última vez. Pero, desgraciadamente, no queda para ellos un solo pedazo de tierra, donde puedan establecerse sin ser molestados y ahuyentados por propietarios o concesionarios. Esta dificultad fué vencida por el alto espíritu filantrópico del Rev. Lawrence; pues, frente a Punta Remolino, en el litoral Norte de la isla Navarino, nuestro Gobierno ha entregado en concesión algunas hectáreas de terrenos al señor Lawrence y sus hijos. En este terreno, precisamente en los alrededores de la bahía Mejillones, fueron admitidos los tristes restos de la tribu Yámana; aquí podían construir sus chozas, tener algunos animales, con permiso de los concesionarios, sin que estos últimos tuvieran provecho alguno. Demás está decir, cuanto aprecian los indios tanta bondad para con ellos; todo está completamente seguro en aquel terreno, y como tienen cierta comunidad de bienes, dejan su propiedad allí al cuidado de una o dos personas ancianas; ellos mismos se dedican a la pesca y a la caza, recorriendo los numerosísimos brazos del mar austral. Algunas veces durante el año acuden a la bahía de Mejillones y se detienen allí por pocas semanas.

En vista de lo reducido del número y de la vida nómada de los Yámanas, me permito indicar aquí que no me parece necesario que el Supremo Gobierno ceda un terreno especial, para abrir de nuevo la Misión Anglicana; pues, mientras que los señores Lawrence gocen de la concesión indicada en la isla Navarino, los indios estarán allí muy cómodos y a cubierto de los atropellos de que se les quisiera hacer víctimas; y, además, ellos mismos tampoco desean retirarse de allí. Por otra parte, una estada obligatoria en la misión no satisfaría a sus deseos e idiosincrasia, de modo que por ésta y varias otras causas, que no es del caso repetir aquí, ellos juzgan la clausura de la Misión Inglesa como un verdadero alivio.

Con esta indicación no pretendo en absoluto limitar la generosidad que el Supremo Gobierno ha manifestado en la protección y civilización de los indígenas chilenos y principalmente de los araucanos. Al contrario, sería una obra altamente humanitaria y patriótica, conceder a esos últimos restos de una raza que se extingue, algún terreno, en donde puedan pasar con tranquilidad los pocos años que les quedan de existencia, donde no se les persiga y no se les explote, ya que ellos se conforman con una isla o un sitio cualquiera, medianamente adecuado a sus pocas necesidades primordiales de existencia. De todos modos, me parece conveniente, que después de 4 años, es decir, cuando termine el plazo de la concesión hecha a los señores Lawrence, en la isla Navarino, el Supremo Gobierno, velando por el interés directo de los poquísimos indios Yámanas que aun existen y que han sido los primeros y legítimos dueños de aquellas tierras, prorrogara el plazo de dicha concesión por algunos años más.

A mi llegada a Punta Remolino me encontré con sólo 6 indios, un hombre anciano y 5 mujeres de distinta edad; todos los demás indios Yámanas habían salido, 3 semanas antes, a pescar cerca de las islas Wollaston. En tales excursiones acostumbran demorarse algunos meses, de modo que debí contentarme con tomar medidas antropológicas sólo a los allí presentes. En verdad, pocas son estas mediciones, pero tienen valor e importancia científica, por ser casi las únicas hechas con métodos modernos y exactos. Tampoco pude conseguir muchos objetos etnológicos; porque los indígenas llevan consigo casi todo su reducido ajuar; pero, en cambio, el estudio de la mitología de los Yámanas me dió buenos resultados. Lo reducido del tiempo no me permitió practicar investigaciones lingüísticas; y tampoco las juzgaba tan urgentes, por estar ya en prensa el diccionario del idioma Yámana, compuesto por el Rev. Tomás Bridges, lo que perpetuará aquella lengua.

Consideré terminada mi comisión. Volví a Ushuaia y de allí a Punta Arenas, después de haber atravesado el lado Este del Canal Beagle, donde se me ofreció sobrada ocasión para admirar la esplendidez y la hermosura con que la naturaleza ha dotado el territorio más austral de Chile.

Gracias a las facilidades que bondadosamente me concedió el Jefe del Apostadero Naval, señor Carlos Fuensalida, pude embarcar, en un vapor de nuestro Gobierno, los materiales recogidos y despacharlos con destino a nuestro Museo de Etnología y Antropología de esta ciudad; todo esto con muy pocos gastos para el erario nacional.

El día 30 de Marzo estuve de vuelta en Santiago, para reasumir el mismo día mis funciones de jefe de sección en este Museo.

Señor Director:

He intentado trazarle, a Ud., a grandes rasgos, los trabajos llevados a cabo durante mi expedición, y el camino recorrido en mi viaje por la regiones australes de la Tierra del Fuego, limitándome a las indicaciones más necesarias; pues, no era mi intención la de apuntar en este informe el abundante material de mis múltiples observaciones etnológicas, lingüísticas y mediciones antropológicas. Estas exigen más bien una elaboración detenida, a fin de que puedan imprimirse y publicarse en las revistas etnológicas del país y del extranjero; aprovecharé también estas observaciones para algunas conferencias científicas y populares que daré con ayuda de un buen número de fotografías y diapositivos que traje para estos fines.

Teniendo presente los escasos recursos que me fueron concedidos por el Supremo Gobierno para este viaje, y por otra parte, el alza general de los precios de pasaje, me atrevo a creer que la abundante colección de objetos etnológicos y antro-

pológicos, tan difíciles de conseguir y entregados ya a este Museo, además del valioso material literario, lingüístico y fotográfico que alcancé a reunir, han de satisfacer las esperanzas que Usted había puesto en el resultado de la comisión con la cual tuvo a bien honrarme.

Lejos de creer suficientes los trabajos que pude llevar a efecto en materia tan vasta, he llegado, por el contrario, a la convicción de que aun queda mucho por hacer; espero, si se presenta la ocasión de efectuar un segundo viaje, obtener mayores resultados, ya sea recolectando más material o profundizando los estudios etnográficos y lingüísticos, a raíz del conocimiento que he adquirido en este primer viaje acerca de las regiones y campamentos de los indígenas, de las costumbres y aspiraciones de los indios Onas y Yámanas, del trato especial que exigen y, sobre todo, del tino necesario para poder acercarse a ellos.

A causa de los insuficientes recursos y de los precios tan excesivamente altos para la navegación, me vi en la imposibilidad de llegar hasta los indios Alakaluf, que cruzan con sus canoas los canales de Smith y de Messier, teniendo su centro de reunión en Puerto Bueno y en la isla Wellington. Al pasar nuestro vapor por aquellos canales, se acercaron varias canoas con sus tripulantes indígenas, lo que tuve que mirar con verdadero pesar; pues, me era imposible detenerme allí para estudiar sus particularidades etnográficas y antropológicas.

De las cuatro razas fueguinas, la menos conocida es la de los Alakalufes; su idioma nunca ha sido estudiado detenidamente; en nuestros museos faltan aun casi por completo los insignificantes objetos de su cultura tan primitiva; y los pocos datos antropológicos de esa raza, los debemos a la pluma de algunos literatos o viajeros que anotaron sus impresiones, más o menos superficiales, puesto que no buscaban la aceptación de los críticos en la materia, sino que perseguían fines completamente diferentes.

Por otra parte, es imposible calcular el número de los últimos restos que aun existen de este pueblo, que, como los anteriormente mencionados, marcha rápidamente hacia su completa desaparición; pero lo que es más sensible, llevaría consigo al olvido, si no se salvan oportunamente, sus tradiciones, sus costumbres, su idioma y sus peculiaridades que la ciencia etnográfica reclama como indispensables para completar el cuadro de las razas humanas.

El año que viene, el 1.º de Noviembre de 1920, ha de celebrarse el IV centenario del descubrimiento de la Tierra del Fuego por Fernando de Magallanes, que se debe a la circunstancia de que este atrevido marino buscaba, por orden del Rey de España, la ruta deseada a las Indias Orientales. Es indudable que a Chile, antes que a ninguna otra nación, le corresponde revestir esta fecha memorable de la mayor solemnidad posible, puesto que los terrenos descubiertos en esa ocasión, han quedado y quedarán para siempre bajo su soberanía y su dominio.

Como el Supremo Gobierno ha dispuesto que ya a fines del año en curso se lleve a cabo esta celebración, es de suponer que se dará importancia a toda clase de festejos, banquetes, discursos y otras fiestas por el estilo, que por sí son bien intencionados, pero que no suelen dejar profunda huella ni provecho positivo.

Nosotros nos vamos a permitir formular una indicación que ojalá pueda encontrar eco en las altas esferas de nuestro Gobierno, haciendo la siguiente insinuación: Que el Supremo Gobierno, inspirándose en el positivo adelanto que resultaría para el país y como un homenaje a la obra realizada por aquel célebre navegante, acordara iniciar y subvencionar una exploración científica a aquellas regiones, principalmente a los canales situados al Norte del Estrecho de Magallanes, lo que equivaldría a contribuir al mejor conocimiento de esas

regiones y a continuar la magna obra iniciada en el siglo anterior de los descubrimientos.

Saluda respetuosamente a Ud.

Martín Gusinde,
Jefe de Sección.

Santiago, 2 de Mayo de 1919.